

Isidoro Solís (1889-1918), poeta parnasiano olvidado

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Universidad de Murcia

revenga@um.es

RESUMEN: La fortuna del poeta modernista Isidoro Solís, del que solo se conserva su libro *Ofertorio sentimental* (1919), ha quedado reducida a las escasas referencias de unos pocos críticos a pesar de sus evidentes cualidades. Su formación de poeta parnasiano le hizo cultivar en su poesía un singular erotismo exacerbado, que sin embargo no le ha rescatado del olvido.

PALABRAS CLAVE: Isidoro Solís, modernismo, simbolismo, parnasianismo, erotismo, sensualidad.

ABSTRACT: The fortune of the modernist poet Isidoro Solís, which only preserves his book *Ofertorio sentimental* (1919), has been reduced to the scarce references of a few critics despite their obvious qualities. His training as a parnassian poet made him grow a singular exacerbated eroticism in his poetry, which however has not saved him from oblivion.

KEYWORDS: Isidoro Solís, Art Nouveau, symbolism, parnassianism, eroticism, sensuality.

Un estudio completo del modernismo en España, con detención en sus vertientes simbolista y parnasiana, no estará completo si no se atiende a algunas figuras excepcionales que, sin embargo, están sumidas en el más absoluto de los olvidos, a pesar de que en su tiempo fueron considerados muy avanzados, dado que sus creaciones poéticas no solo rompían con lo establecido, sino que además se aventuraban a terrenos inexplorados, quizá muy atrevidos. Este sería el caso, entre otros muchos, del poeta Isidoro Solís, del que solo conservamos un libro publicado, *Ofertorio sentimental*, de 1919, aparecido tras la temprana muerte, inesperada y sorprendente, de su autor, cuyos contemporáneos elogiaron precisamente su novedad y sus atrevidos hallazgos en la concepción y la ejecución de su poesía, vinculados a la lírica modernista más emprendedora de comienzos del siglo XX.

El periódico de la ciudad de Murcia *El Tiempo*, en la primera página de su número de 6 de septiembre de 1918 recoge la siguiente escueta noticia:

Ayer falleció Isidoro Solís. Era un poeta exquisito, todo inspiración y cultura y un maestro del estilo. En plena juventud ha pagado a la muerte un tributo inesperado. Su breve vida ha estado toda dedicada a la belleza y al noble culto del estilo. Deja una obra breve y admirable, esparcida en todas las tentativas —siempre ma-

logradas— de revistas murcianas. También ha hecho muy notables traducciones. El recuerdo de su obra vivirá en la memoria de los aficionados a las bellas letras que hay en Murcia y no será estéril su noble culto de la belleza y del ideal, modelo y recuerdo. Descanse en paz.

Aún más escueto lo será el diario *ABC* de Madrid, cuando algunos meses después recoja la noticia en su ejemplar del 18 de junio de 1919:

Isidoro Solís, autor de las poesías que forman el libro *Ofertorio sentimental*, falleció a los veintinueve años de edad el 5 de septiembre del pasado año 1918. Su musa, elegante y delicada, le inspiró versos galantes de desesperanza infinitas y de vigorosos optimismos.

Nacido, en la ciudad de Murcia, en 1888, el año de *Azul...* de Rubén Darío, participó desde muy joven en los grupos literarios de su ciudad, y estableció gran amistad con los jóvenes más prometedores del momento como Juan Guerrero Ruiz, Andrés Sobejano y José Ballester. Los cuatro publicaron, en la revista médica *Polytechnicum*, críticas muy tempranas a libros de Juan Ramón Jiménez, a las que me referí en mi trabajo de 1980, y que fueron objeto de una de las conversaciones, recogidas por Guerrero, en su *Juan Ramón, de viva voz* (vol. I, p. 46):

Hablamos del suplemento literario de la revista murciana *Polytechnicum*, donde le hemos rendido un homenaje publicando su retrato y cuatro artículos, uno sobre cada uno de sus libros: *Sonetos espirituales*, por Andrés Sobejano; *Diario de un Poeta Recién Casado* por Isidoro Solís; *Estío*, por José Ballester y *Platero y yo*, por Juan Guerrero. Se muestra muy satisfecho de nuestros trabajos... Prefiere estos artículos sinceros a la crítica oficial, recomendando se deben decir las cosas de la manera más directa posible, que la forma sea la expresión pura de lo sentido. Ofrece escribir una carta para cada uno de los autores de estos artículos, agradeciéndoles su atención.

Fue traductor de Tristan Corbière, Ephraïm Mickhaël, Anthero de Quental y Gabriele D'Annunzio y publicó tanto estas traducciones como sus primeros poemas justamente en *Polytechnicum*, a cuyo cuadro de directores perteneció junto a Andrés Sobejano (Director), Juan Guerrero, Enrique Soriano y Francisco Frutos Rodríguez. Tras su temprana muerte, sus amigos publicarían en Madrid (1919) toda la poesía que de él conservamos hoy, con el título de *Ofertorio sentimental*, a cuyo frente un extenso epílogo del poeta y amigo Jacobo Martínez Marín-Baldo cuenta casi todo lo que actualmente sabemos de Solís. Inmediatamente después de su muerte, sus amigos le dedicaron un homenaje en *Polytechnicum*, y a través de estas páginas también podemos recuperar algunos de los escasos datos que pueden esclarecernos algo de su existencia. Así Juan Guerrero Ruiz, le dedica un artículo titulado «Isidoro Solís», dividido en tres párrafos: «Su muerte», «El entierro» y «Su gloria», y en el que relata, además de la sorpresa por la noticia de la muerte inesperada y el entierro entre los más íntimos amigos, cómo Juan Ramón Jiménez, a quien Solís había dedicado una reseña poco antes en *Polytechnicum*, le enviaba un libro para que lo llevara a la tumba del poeta, con esta carta (p. 130):

Madrid, 9 Set, 1918.

Sr. D.

Juan Guerrero.

Murcia

Mi querido amigo: su carta me trajo una gran pena, pero de esas que no rehúye uno, y alarga; como casi todas las que son de remordimiento. Aquí están todos ustedes en mi lista de «ejemplares de regalo», y ni sé cómo se pasan los días sin que esta conciencia de la lisa, de pie ante mí, se quede safsifecha. Y mientras, pasan cosas como esta, ¡tan tristes, tan tristes!

Le mando esos ejemplares. El de Isidoro Solís, para que se lo ponga usted en su tumba; si puede ser, dentro; si no, fuera; y que el tiempo lo pudra con él.

Su amigo,

Juan Ramón Jiménez.

Y esta dedicatoria: «A Isidoro Solís, muerto, de su amigo que no llegó a tiempo.—Juan Ramón Jiménez». Aunque parece ser que el valioso autógrafo no llegó a la tumba, sino que fue sustituido. Lo cuenta Jorge Guillén en «Una Murcia» (pp. 28-29):

Juan Guerrero me comunicó en voz baja que a la muerte de Isidoro Solís, el autor de *Ofertorio sentimental*, Juan Ramón Jiménez envió uno de sus libros con dedicatoria, reservada al difunto en su tumba. Guerrero no consintió naturalmente que allí se perdiese tal autógrafo: sustituyó aquel ejemplar por otro.

Quizá de todo el artículo de Guerrero, muy lírico, entrañable y emotivo, lo que más llama la atención es la relación personal que Guerrero establece enseguida entre Isidoro Solís y Ricardo Gil, indudablemente maestro indiscutible para este grupo de jóvenes escritores murcianos y desde luego para Isidoro Solís (p. 130):

Le acompañamos sus íntimos al cementerio; cuando dieron las doce ya estaba su pobre cuerpo muerto debajo de las losas de la tumba.

Después de rezarle nos alejamos lentamente, mientras empezaban a dejar caer la tierra con indiferencia aquellos hombres de corazón inexplicable. Nuestra oración por Isidoro subió al cielo enlazada con la que hicimos ante la sepultura de Ricardo Gil un momento después.

¿Quisimos unir a los dos poetas en una afirmación ideal de que a la muerte de Ricardo Gil quedó Isidoro sucediéndole entre los poetas nuevos como el mejor lírico de nuestra tierra?

Yo así lo creo, y pienso que solo será dudado por aquellos que desconozcan la obra de Isidoro Solís —sus versos y su vida—, y por algunos que se llaman poetas y literatos siendo su actividad y vocación de bien distinta cosa.

Mariano Ruiz-Funes, el futuro gran penalista y ministro durante la Segunda República, le dedica en su colaboración sin título en este homenaje palabras que revelan no sólo el aprecio personal hacia el joven poeta sino su singularidad en el contexto de una Murcia seca y sedienta y lo equipara en su malograda juventud y en su obra única a tantos poetas franceses («Corbière, el extraño autor de *Los amores amarillos*; Rimbaud, todo hermetismo y sutilidad; el mago Mallarmé; el delicioso Laforgue y Baudelaire, que es sencillamente el genio») que con escasa obra alcanzaron la inmortalidad, porque Solís (p. 137):

genio incipiente y artista de un arte inimitable, moderno, sensible, maravillosamente contemporáneo, ha laborado en el desierto espiritual de nuestra Murcia —es un desierto toda España— por un arte supremo, de eterna belleza, en un culto puro de las letras.

Quizá en las épocas de transición como la nuestra, que marca el crepúsculo de un mundo absurdo, perduran, sobre todo, los gestos bellos, en que radica como una esplendorosa adivinación del porvenir, y esta vida breve e intensa, sacrificada al culto de la belleza y de la forma, convengamos en que es un hermoso gesto de ideal. Entre nuestras miserias actuales, de pequeños hombres de luchas, que luz de amanecer, de un amanecer misterioso e infinito, como el porvenir, tiene esta existencia malograda, que fue un andar sin fin hacia las eternas claridades.

José Ballester, en su «Elegía. A Isidoro Solís», no dudará en destacar esas cualidades excepcionales que a todos sus amigos rendían e insistir en su modernidad excepcional (p. 139):

Predilecto de las Gracias, que venían a conversar con él, era dueño del ritmo sutil que tiene afinidades misteriosas con el ritmo supremo; por eso, cuando él hablaba, sentíase el placer de escuchar, y el corazón cautivo de una simpatía inefable.

Todo él estaba en plena floración de sí mismo cuando se ha ido, y el mundo no lo sabía. Que el mundo ignore siempre todas estas cosas, porque tiene una tendencia constante a perturbarlas con esa peregrina mezcla de maquiavelismo y estupidez que pone en sus tentáculos.

El homenaje se completa con poemas de Jacobo, Martínez Marín-Baldo, «Confidencia. A mi querido poeta Isidoro Solís»; de Andrés, Sobejano, «Lauda poética. Sobre la sepultura de mi entrañable Isidoro Solís»; y de Andrés Bolarín, «In Pace. En la muerte de Isidoro Solís», encendidas elegías que glosan aún con mayor intensidad los valores del poeta desaparecido.

Ofertorio sentimental es un volumen compuesto por 78 poemas, de 125 páginas, y su poesía se encuadra en la más agresiva modernidad de las primeras décadas del siglo XX. Sonetos alejandrinos, endecasílabos, hexadecasílabos y dodecasílabos, poemas en eneasílabos y decasílabos, ponen de relieve su adscripción a la poesía más innovadora, vinculada a la escuela modernista, con un claro dominio de los logros parnasianos y simbolistas. Su originalidad como poeta radica sobre todo en su modernidad y en su gusto por la variedad de patrones métricos, la destreza en el juego de acentos y pausas, la utilización de insólitas rimas esdrújulas y agudas y el gusto por los géneros nuevos: baladas, nocturnos, retratos parnasianos, marinas, acuarelas.

Pero lo más interesante desde el punto de vista temático es sobre todo su concepción de la poesía con una intensa relación entre alma y mundo y con un gusto especial por los ambientes legendarios de origen parnasiano, y, más aún, su concepción del amor, con una importante presencia de la sensualidad y el erotismo más acendrado, propio de la lírica más avanzada de aquellas primeras décadas del siglo XX.

La propia concepción simbolista de la naturaleza con la consecuente trasposición de los sentidos revela imaginación, originalidad y sentido plástico del verso en el que aromas, colores, sonidos, sabores y demás sensaciones se corresponden. Uno de los pocos críticos que se han ocupado de Isidoro Solís, el hispanista Gonzalo Sobejano, ha asegurado que (p.

152) «Isidoro Solís fue un modernista convicto, impregnado de las actitudes, temas y motivos, de las estructuras y la retórica elocutiva el modernismo más filiable a Rubén Darío, a cuya muerte, en 1916, entonó un espléndido treno...» Y en relación con el erotismo presente en sus poemas, signo inconfundible su modernidad más avanzada, señala que el de Solís era «el erotismo fatal como instinto indomitable que lleva a constantes caídas y desengaños, y el erotismo agónico que anhela ser la vida misma, el afán vital, y ha de luchar por sobrevivir a la conciencia en duda».

Poco sabemos de la vida de Solís, nacido en Murcia, en el barrio de san Antolín un 14 de junio, y muerto en la misma ciudad un 5 de septiembre, cuando apenas contaba 29 años. Y tampoco se ha investigado mucho sobre su obra, aunque hay que dejar constancia desde el principio de algunos trabajos que han luchado por rescatar del olvido a este poeta tan interesante como hemos de ver. Y en primer lugar hay que citar el estudio magnífico de Gonzalo Sobejano en 1993 y titulado «Sobre la poesía modernista en Murcia: *Ofertorio sentimental* (1919), de Isidoro Solís», en el que lleva a cabo un estudio serio, objetivo y profundo de la poesía de este joven que fue amigo y colaborador del padre de Gonzalo, Andrés Sobejano, quien muchos años antes organizó en la revista que él dirigía, la revista *Polytechnicum* el homenaje a Solís, en el que el propio Andrés incluía una poesía suya junto a textos de los componentes del grupo de amigos con el que se formó Solís, Jacobo Martínez Marín-Baldo, Mariano Ruiz-Funes, Juan Guerrero Ruiz, Andrés Bolarín y José Ballester, tal como ya hemos relatado con detenimiento. Posteriormente nadie se acordó de Solís, si hacemos excepción de Raimundo de los Reyes, que, en su libro *Estampas murcianas. Ensayo sobre la psicología y el panorama del país murciano*, publicado en Madrid en 1960 recordaría algunos detalles interesantes sobre la vida del poeta y la obra del poeta (p. 394):

A Isidoro Solís le traté poco. Era menudo, espigado con un rostro de líneas infantiles de mirada inteligente y melena corta que se alborotaba en las sienes con dorados rizos byronianos, rematados en un erguido tupé «como airón orgulloso —decía él— de cimera imperial». Andaba con paso menudo y cimbreado y tenía una voz fina y apagada que sonaba siempre para decir cosas amables. Poseía una gran cultura y dominaba el francés.

Jacobo Martínez Marín-Baldo, que sentía por Solís un entrañable afecto, nos congregó una tarde a un grupo de amigos en su despacho novecentista de la calle de San Lorenzo para darnos a conocer algunas de las composiciones del joven poeta. Fue una grata sorpresa, una jubilosa revelación. Por fin, en el clausurado vergel murciano brotaban flores de exquisito perfume universal. ¡Había nacido un gran poeta, revolucionador del ambiente!

Y habría que esperar hasta 1980 para que un estudioso, Juan Barceló Jiménez, se ocupase de Solís en el contexto de su tiempo, en el trabajo «Modernismo y escritores murcianos», en el que señala, entre otras cosas que (p. 10):

mostró desde joven especial aptitud para las letras, siendo elogiado por Ricardo Gil, poco antes de su muerte, al conocer los primeros versos del poeta. También se sitúa entre el posromanticismo y el mundo nuevo del modernismo, alimentando su espíritu con lecturas de clásicos que alterna con traducciones que realiza de Tristán Corbière, D'Annunzio y Anthero de Quental, su modelo preferido. Su ad-

miración por Rubén, circunstancia que aclara en un artículo al frente de su obra Jacobo M. Marín-Baldo, no va más allá de los residuos románticos del autor de *Prosas profanas*, aunque ensaya una variedad de metros que abarcan desde el alejandrino al octosílabo. Su credo es la belleza, la poesía, dentro de un espíritu pagano y protestante, aunque no desprovisto de un cristianismo a secas y desarbolado. Estéticamente Solís Latorre es un poeta desconcertante. En los sonetos, que construye bien, se nota un sentimentalismo romántico y becqueriano. Otras veces un sabor dieciochesco evoca el espíritu de la centuria, sobre todo en la parte titulada *Galantes y del siglo XVIII* del libro *Ofertorio Sentimental*, publicado póstumamente en 1919.

Tras nuestro comentario sobre el poeta en la *Historia de la literatura murciana*, de 1989, en el que lo situábamos en el inicio del modernismo en la Murcia de principio de siglo XX, poco más se ha hecho. En todo caso, la aportación más valiosa sobre Solís y sobre la significación de *Ofertorio sentimental* se debe a Gonzalo Sobejano y a su artículo de 1993, en el que lleva a cabo un exhaustivo análisis del libro no exento de recuerdos personales y alusiones entrañables a la figura de su padre, Andrés Sobejano, como sabemos uno de los amigos más íntimos de Solís, a quien siempre recordaba con afecto fraternal. Incluso, Gonzalo Sobejano da a conocer un poema inédito de Solís, procedente de los archivos de su padre, que completa la categoría de este trabajo, en el que se hacen valoraciones, se descubren fuentes de nuestro poeta y se considera su libro como el de un modernista absoluto, en cuya poesía se tratan los grandes motivos del movimiento y de la época: el erotismo, el poeta, el arte y la belleza, con ausencia e preocupaciones político-sociales y religiosas, ausentes del libro. Por supuesto, las observaciones de Sobejano sobre Isidoro Solís se coronan con una espléndida contextualización histórica en la Murcia del momento a la que contribuyen conocimientos personales y familiares del propio Sobejano.

No estaría completa esta reseña histórica y descriptiva si no aludiésemos al libro, publicado en 1999 por el bibliófilo Juan Antonio López Delgado, en el que su autor lleva a cabo una entusiasta y detallada biografía lírica del poeta con aportaciones inéditas como son la partida de bautismo o la partida de defunción, que documentan para la historia ambas fechas hasta ese momento inseguras. Es un trabajo valioso, aunque, sin embargo, desconoce las decisivas aportaciones ofrecidas por el estudio de Sobejano.

En un intento de mostrar una imagen del poeta que los escasos críticos anteriores apenas señalaron, intentaremos en este trabajo mostrar uno de los aspectos que más pueden llamar la atención y que acaso es el que, ante sus contemporáneos, le otorgaba unos aires de modernidad más espectaculares. Me estoy refiriendo a la expresión del amor y del erotismo descarnado que aparece en muchos de sus poemas, asombroso para un poeta provinciano habitante de una sociedad retrógrada y conservadora, cuando no rural y aislada.

Quizá en este aspecto se independiza bastante de su modelo permanente Rubén Darío y se aproxima aún más a sus lecturas parnasianas y simbolistas, más simbolistas que parnasianas. Resulta muy interesante y llamativo que los poemas a los que nos vamos a referir forman parte de la sección final del libro, la rotulada con el título de «Diversas», de los cuatro de que se compone la obra («Versos de adolescencia», «Poesía de las cosas», «Galantes y del siglo XVIII» son las otras tres secciones). Desde luego, como indicaremos más adelante, el erotismo está presente en muchos poemas de las otras partes de *Ofertorio sentimental*, sobre todo en las composiciones amorosas, pero se trata entonces, y esto

ocurre con frecuencia en las tres primeras partes el libro, de un erotismo más personal e intimista, más introspectivo y podríamos decir más simbolista. Lo que nos interesa ahora dilucidar en esta aportación es el otro erotismo, el parnasiano.

Se inicia la sección de «Diversas» con un soneto eneasílabo titulado «Eclecticismo» en el que utiliza a la mariposa como símbolo del eclecticismo en un contexto de poema de reflexión filosófica, literaria y poética. «De la belleza en el abismo / se hundirá el alma» se dice en sus versos para poner en relación el nuevo espíritu con el interior en un proceso introspectivo en el que la belleza domina cualquier otra sensación en una manifestación dual de la realidad figurada (p. 87):

En donde esté la poesía
la admirará la fantasía.
Y libará de su supremo
néctar azul, divino y puro,
en los jardines de Epicuro
y en los jardines de Academo.

Un poema en cuartetos hexadecasílabos, titulado «Mármol clásico», ya nos ofrece en la puesta del sol al sacro toro mugiendo de placer con una hermosa desnuda a sus hombros entre perfumes de floraciones y adolescentes desnudos y gentiles como efebos mientras las canéforas juveniles, bajo sus blondos cabellos, muestran singular e inesperado erotismo nada menos que bisexual (p. 88):

Canéforas juveniles pasan rítmicas; sostienen
sobre su cabeza un ánfora enguinaldada de acanto;
sus finos perfiles, bajo blondos cabellos, tienen
las atracciones ambiguas del bisexual encanto.

Al fondo, las abejas dejan oír su perezoso zumbido «de sopor y calentura» y en los sacros templos se oyen «vagos murmullos lascivos» entre el «himno ardiente de inciensos votivos». Pero luego siguen la brisa adormecida, el canto lujurioso, los aromas desfallecientes, los dulces arrullos de celo, en un ambiente de lúbrico satiricón mientras el mar con azul monocromo deja ver una escena en la que «se alza el Paros deslumbrante de la Acrópolis triunfal». Naturalmente las referencias eróticas y sensuales del joven poeta parnasiano no quedan aquí. En el soneto alejandrino «Helénica» (p. 90) sorprenderemos alegres y lascivas danzas en los festines, formas cinceladas y redondeces que parecen arrancadas de griegas metopas; y el soneto endecasílabo «Pagana» (p. 91), al describir la hermosura de la muchacha pagana, la belleza de un efebo heleno, mientras la níveas camelias de su seno, apenas veladas por una gasa transparente, dejarán sentir frescuras perfumadas, esencias eróticas de heno. La pasión del poeta no se deja reprimir y el terceto final cuadra el deseo con asombrosas resonancias míticas, eróticas desde luego:

Y como eres el mito que yo adoro,
si eres Europa tú, yo seré toro;
si Leda, cisne; y oro si Danae.

Desde luego, en el conjunto, el soneto (este de nuevo alejandrino) que más llama la atención es, como no podía ser de otro modo, «La hora de la lujuria» (p. 91):

El sol resplandeciente en un cielo magnífico
y azul como el mar Jonio, abrasa la floresta;
y bajo los reposos cálidos de la siesta
germina el Todo como un ovario prolífico.

Solo turba la calma enervante y serena
el eco somnoliento de un sistro pastoril;
y el zumbido pesado de las abejas llena
el aire de un susurro monótono y febril.

Chispea cegadora la plata de una fuente,
bajo un laurel dos tórtolas se arrullan dulcemente;
y en boscajes de mirtos, caprípedos cornudos,
saciando los priapismos de bárbaras lujurias,
caen sobre las ninfas con ardores de furias,
a desgarrar las rosas de sus sexos desnudos...

Además de observar ese «Todo» con mayúscula inicial (muy frecuente esta forma de comenzar determinados abstractos en todo el simbolismo y desde luego constante en Solís), hay que señalar que, como se advierte, imaginación no falta y, desde luego, las referencias sexuales son más que directas, aunque todo esté envuelto en un ambiente de laxitud muy de época, como si el poeta, refugiándose en los mitos pudiera permitirse dar suelta a su imaginación más exaltada y ardorosa.

Es lo que ocurre con otro soneto de la colección, y en este caso más parnasiano que ningún otro, por tener como motivo una conocida pintura de Tiziano: erotismo y obra de arte se alían para volver a dar rienda suelta a la imaginación, en este caso erótica, porque Solís, ya en otras dos ocasiones, ha utilizado una pintura para realizar la evocación artística parnasiana en un poema: «Hidalgo de Van Dyck» (p. 82) y «Rica fembra» (p. 83) serán los títulos de esos dos sonetos.

Ahora, el que nos ocupa es el dedicado al escultor murciano José Planes «Venus corricata», («Venus tendida»), que tiene como motivo el famoso cuadro de Tiziano «Venus de Urbino», también llamada «Venus del perrito», pintura al óleo realizada en 1538 por Tiziano. En 1631 este cuadro se encontraba en la colección de los Médicis y desde 1736 se puede admirar en la Galleria degli Uffizi de Florencia. A los Médicis, lógicamente, alude Solís en este su espléndido soneto endecasílabo (p. 94):

Musa del cinquecento en quien Tiziano
fundió el rosa y la nieve en la turgencia,
besa la luz del cielo de Florencia
tu cuerpo de impudores soberano.

Digno de que lo besen por divino,
los muslos Borgia, y Médicis los pechos;
de ser amada en los papales lechos
y loada en sonetos de Aretino.

Yace tendida por los dardos de Eros,
y cubre con la manos ensortijada
la reconditez, rubia y sonrojada,
en que, en las noches de libertinajes,
extenúan su ardor los condotieros
y se inician en éxtasis los pajes.

Médicis, Borgia, muslos, pechos, reconditez rubia y sonrojada. Son muchas las alusiones eróticas y pormenorizados los detalles sensuales del cuadro. La imaginación del poeta se lanza tras las insinuaciones plásticas del gran Tiziano, y la leyenda y la historia no dejan lugar a reprimir la imaginación. Desde los lechos papales a los poemas del lúbrico Pietro Aretino, cuyos *Sonetos lujuriosos* tiene Solís en mente, se llega a esos pajes del verso final que se inician en sus éxtasis sexuales. Dardos de eros, condotieros, pajes, libertinajes.... Pura y ardiente imaginación parnasiana para hacer surgir de una representación artística de un cuadro famoso todo un sentimiento de personal emoción, excitación y fogosidad.

Otro poema, titulado «Aquelarre» (pp. 96-100) nos ofrece un erotismo nocturno en el que representan y desarrollan todos los personajes de la más vetusta estampa medieval: el trovero, la castellana, la barragana, el ballestero, la Valpurgis del mal sino, cuando las brujas sabáticas se desatan al oír las doce en el reloj catedralicio. Los posesos, los luciferinos, la sátnica misa negra, el demonio, la gorgona, todo un aquelarre total en el que la sensualidad y el erotismo no están ausentes como revelación del placer vesánico de Satán, el palpitante entre las ancas del macho cabrío, eucarística delicia, Luzbel triunfante, virgen novicia (p. 99):

Los alaridos inauditos
que la desesperación lanza,
los impenitentes delitos,
las condenas sin esperanza,
el desorbitarse de los ojos
el retorcerse de las serpientes,
crepitar de carbones rojos
y feroz estridor de dientes...

Como señala Martínez Marín-Baldo en el epílogo de *Ofertorio sentimental*, el extenso poema «es una procesión fantástica del legendario espíritu medieval en su corrupción más verdadera» (p. 121), que en la imaginación del joven poeta parnasiano desata elementos contradictorios y dramáticos hasta la extenuación. Y lo cierto es que el conjunto desorbitado y sensual cuadra muy bien con las representaciones parnasianas del que consideramos el Isidoro Solís más maduro, si es que lo llegó a ser en algún momento de su existencia.

Aunque nos hemos referido a estos últimos poemas para hallar al poeta parnasiano, imaginativo y legendario, el erotismo es una constante en todo *Ofertorio sentimental*, hasta el punto de que llega a sorprender que en la sección de «Versos de adolescencia» son muchos los poemas que refieren las cualidades de la musa amada con toda clase de detalles corporales evidentemente eróticos en escenarios especialmente sensuales como el típico jardín modernista.

En un poema excepcional, como el titulado «Rima roja» será el color rojo el que simbolice la pasión y el erotismo, mientras que en el poema «Venus turbulenta» serán la lujuria, la fiebre y el misterio los que queden simbolizados por esta otra Venus más de carne y hueso. Un poema titulado «Carnal» reflejará los espasmos de placer producidos por los goces carnales de la amada. Jacobo Martínez Marín-Baldo ya destacaba el aspecto excepcional de estas efusiones eróticas: «son hermosos poemas de carne y hueso —digámoslo así— que dan a este libro un aspecto singular» (p. 120).

Y en otros muchos poemas de la colección las referencias eróticas a la musa inspiradora serán constantes, de manera que, como ya señaló Sobejano, una de las notas definitorias

de su poesía es su decidido erotismo tanto en la personal relación amorosa como en las representaciones artísticas de carácter parnasiano que son las que nos han ocupado en estas páginas y que podrían ampliarse a otros ejemplos.

La pena es que la fortuna de este poeta haya quedado reducida a las escasas referencias de los críticos que hemos mencionado al principio de este trabajo, y lo más lamentable aún es que no haya vuelto a ser editado y que ni siquiera figure en las antologías más difundidas del modernismo, del parnasianismo y del simbolismo español. No merece este olvido tan pertinaz un poeta tan digno de ser releído y estimado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ballester, José, «Elegía. A Isidoro Solís», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), pp. 139-140.
- Barceló Jiménez, Juan, «Cien años de literatura en Murcia» *Ensayos sobre literatura murciana*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1997, pp. 223-254.
- «Isidoro Solís Latorre», *Generación de escritores y artistas malogrados en Murcia: siglos XIX y XX*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2009, pp. 48-49.
- «Modernismo y escritores murcianos», *Murgetana*, 57 (1980), pp. 10-11.
- Bolarín, Andrés, «In Pace. En la muerte de Isidoro Solís», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), p. 140.
- Díez de Revenga, Francisco Javier y Paco, Mariano de, *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional, 1989.
- Díez de Revenga, Francisco Javier, «Críticas tempranas a Juan Ramón Jiménez en Murcia (1917)», *Monteagudo*, 68 (1980), pp. 41-48. Y en *De don Juan Manuel a Jorge Guillén*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio-CSIC, 1982, vol. II, pp. 118-126.
- Guerrero Ruiz, Juan, «Isidoro Solís», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), pp. 129-131.
- *Juan Ramón de viva voz*, ed. de Manuel Ruiz-Funes Fernández, Valencia, Pretextos, 1998-1999.
- Guillén, Jorge, «Una Murcia», *Homenaje a José Ballester*, Murcia, Hijos de Antonio Zamora, 1972, pp. 28-29.
- Juan Guerrero Ruiz, *Escritos literarios*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1983.
- López Delgado, Juan Antonio, *Isidoro Solís*, Murcia, Gráficas Ibáñez, 1999.
- M[artínez] Marín-Baldo, Jacobo, «Confidencia. A mi querido poeta Isidoro Solís», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), pp. 134-136.
- «Isidoro Solís», en Isidoro Solís, *Ofertorio sentimental*, Madrid, Talleres Tipográficos de *El Imparcial*, 1919, pp. 117-122.
- Reyes, Raimundo de los, «Isidoro Solís», *Estampas murcianas. Ensayo sobre la psicología y el panorama del país murciano*, Madrid, Ediciones de Conferencias y Ensayos, 1960, pp. 35-37. Y en *Obra poética*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Universidad de Murcia-Real Academia Alfonso X el Sabio, pp. 394-395.
- Ruiz-Funes, Mariano, «[Isidoro Solís]», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), p. 137.
- Sobejano, Andrés, «Lauda poética. Sobre la sepultura de mi entrañable Isidoro Solís», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), pp. 138-139.
- Sobejano, Gonzalo, «Sobre la poesía modernista en Murcia: *Ofertorio sentimental* (1919), de Isidoro Solís», *Literatura de Levante*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, Alicante, Fundación Cultural CAM, 1993, pp. 147-159.
- Solís, Isidoro, «Alborear», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), p. 133.

- «Brindis», *Polytechnicum*, 132 (diciembre 1918), p. 172.
- «Diario de un poeta recién casado», *Polytechnicum*, 114 (junio 1917), pp. 87-88.
- «Entre sombras», trad. de Anthero de Quental, *Polytechnicum*, 117 (septiembre 1917), pp. 206-207.
- «La pipa del poeta», trad. de Tristán Corbière, *Polytechnicum*, 126 (junio 1918), pp. 91-92.
- «La reina de Saba», trad. de Ephraim Mickhaël, *Polytechnicum*, 124 (abril 1918), pp. 59-61.
- «Lira latina», trad. de Gabriele D'Annunzio, *Polytechnicum*, 2 (noviembre 1916), p. 27.
- «Miniatura», *Polytechnicum*, 113 (mayo 1917), p. 58.
- *Ofertorio sentimental*, Madrid, Talleres Tipográficos de *El Imparcial*, 1919.
- «Ofertorio sentimental. [Breviario de dulzuras y de melancolías]», *Polytechnicum*, 129 (septiembre 1918), p. 132.
- «Serenidad», *Polytechnicum*, 1 (octubre 1916), p. 13.
- «Tarde de noviembre», *Polytechnicum*, 132 (diciembre 1918), pp. 173-174.

